



Tejemanajes...

Mari Carmen Díez Navarro | Maestra. Licenciada en Pedagogía. Especialista en Educación Infantil. Escritora (Alicante, España).

Hace años que se nos viene diciendo que la creatividad es para unos pocos dotados, que artista “se nace”, que inventar es algo difícil, complejo y restringido, que solo hay una minoría de privilegiados creadores. Sin embargo, no nos lo creemos, porque vemos y comprobamos que todos tenemos capacidades creativas y que el mejor modo de aprender a crear es empezar desde bien temprano a recorrer caminos nuevos. No hay más que ver a nuestros alumnos en sus mil y una probaturas, tejemanajes, mezclas e inventos. En sus producciones de todo tipo: sus ciudades hechas con maderitas, sus casas para hormigas en el arenero, sus máquinas del tiempo, su “cemento puro” hecho con el barro del patio, sus telesoros, sus pinturas, sus secretos...

Este año, nuestro proyecto de arte ha sido sobre la técnica del *collage*, y ha discurrido como sin sentir. Íbamos conociendo las vidas y las obras de algunos artistas que han trabajado el *collage*, experimentábamos con diversos materiales creando ilusionadamente nuestras propias producciones y, en fin, aprendíamos y nos adentrábamos en las andaduras estéticas con alegría y fluidez.

Antes de inaugurar el proyecto, las maestras teníamos unas cuantas ideas pensadas que queríamos comentar con los niños, algunos trabajos colectivos a proponerles, además de muchas posibilidades de tareas plásticas a realizar y de todo

un sinfín de objetos a utilizar en los *collages*. En las clases de pequeños, las paredes se llenaron de láminas “de autor”, y muy pronto se pasó a la acción directa. En las de medianos y mayores, las dinámicas se organizaron poniendo en relación las nuevas informaciones e imágenes con las experiencias, comentarios y producciones de los propios niños.

Y engarzados en esta buena mezcla de palabras, manejos y nuevos saberes, fueron emergiendo identificaciones con los artistas, sucesos relacionados, acontecimientos familiares, nuevas incorporaciones a la clase..., y toda la vida que gira en torno a un grupo que crece, aprende y disfruta.

La teoría de las piezas sueltas

En 1972, Simón Nicholson, arquitecto y artista de origen británico, desarrolló la **teoría de las piezas sueltas**. Conocimos su pensamiento gracias al escrito de Àngela Bosch, publicado en la revista *In-fàn-ci-a* (Julio, 2014).

Nicholson llamaba **piezas sueltas** a los objetos sin finalidad lúdica que, en un contexto determinado, permiten a una persona explorar y gozar de su creatividad, y defendía que “en cualquier entorno, tanto el grado de inventiva y creatividad, como la posibilidad de descubrir, son directamente proporcionales al número y al tipo de variables que hay al alcance”. A su entender habría, pues, que crear entornos ricos con materiales poco específicos que dieran lugar a procesos de juego abiertos, así las ideas se combinarían, se multiplicarían y generarían nuevos aprendizajes.

El artista reitera la importancia de ofrecer a los niños, desde bien pequeños, materiales estimulantes, tiempo para explorarlos y posibilidades de implicarse, probar, hacer y deshacer sin miedo. Porque en un entorno altamente interactivo, los niños actúan sin cohibirse, exploran, experimentan sin prejuicios ni hacia el proceso, ni hacia la imagen que proyectan de sí mismos, muestran su curiosidad, su naturalidad, su manera de relacionarse con el exterior, se sienten libres y disfrutan de las posibilidades de crear.

Leyendo la teoría de Nicholson hemos llegado a la conclusión de que estas ideas se pasean por nuestra escuela hace bastante tiempo, aunque de incógnito. De hecho, aquí optamos convencidamente por dejar a los niños tiempo, ánimo y permiso para sus múltiples creaciones. Además, no hay más que ver nuestros armarios, ¡están llenos a rebozar de las susodichas **piezas sueltas** de Nicholson! Desde las telas a los botones, desde los caracoles a los espejos, desde las cajas a los rodillos, desde las maderas a los disfraces, desde las semillas a los restos de serie de cualquier clase de cosa que nos parece utilizable para que nuestros alumnos puedan mezclar, inventar, jugar, componer, disfrutar... y ejercer de niños creativos, curiosos y felices.

El tren de los cien

Sin ir más lejos, este martes por la mañana, cada niño llegaba a la escuela con una tapa de caja de zapatos en la mano, una sonrisa expectante, y la actitud curiosa y alegre de notar que algo nuevo se estaba preparando. Las maestras les habíamos pedido que aportaran la tapa para hacer un tren de cien vagones que se colocarán en todo el perímetro de la Sala Gran a modo de recibimiento festivo y de presentación colectiva del proyecto de arte de este año: *"COLLAGE"*. La idea era que los niños decorasen sus cajas de maneras distintas, les pusieran un pequeño peluche, muñeco o animalito de plástico como personaje, para hacer un *"collage"* cercano, divertido y colorista.

Los niños y niñas de cuatro años (grupo los "Cangurs") iniciaron la tarea pintando el fondo de las tapas con témperas sólidas, dibujándoles ventanas, luces y sillones, pegando telas a modo de cortinas y alfombras, e incluso añadiendo trozos de una caja de bombones, letras y otros detalles particulares. Al final les ponían las ruedas y venían a que les graparan su personaje, ilusionados, deseando ver el resultado final que, por cierto, fue magnífico.

Era bonito ver como trabajaban, mientras iban formulando y expresando sus experiencias y sus hipótesis de juego. Como lo hicieron de cuatro en cuatro, se les veía moviendo sus personajes, haciéndolos hablar, poniéndolos en relación unos con otros. Jugaban y pintaban, se reían, miraban su trabajo, conversaban...

–Yo le voy a pintar dos ventanas con cortina, porque vi un tren así cuando fui a Albacete con mi mamá.

–A mi vagón le voy a poner una revista para que la lea mi osito.

–Yo un bombón para mi conejo.

–En mi vagón había un cartel que decía: "Aquí va Mickey Mouse" (era el peluche que le había correspondido).

–Yo me he pintado en mi vagón porque nunca he ido en tren.

–Mi vagón tiene bar y cuarto de baño por si quiero una Fanta o hacer pis.

–Yo he pegado una piedra porque me gustan las piedras.

Y es que cuando el trabajo se vuelve juego, los niños se implican verdaderamente, aprenden, se llenan de satisfacción y amplían su red de conocimientos. Porque el juego es el medio natural de un niño pequeño, su entorno preferido, el elemento "madre" para crecer y aprender con placer y salud.



Collage realizado por los niños: el tren de los cien

Cajón de sastre

Hace unos años tuve ocasión de ver, en la Fundación Joan Miró de Barcelona, una exposición temporal de obras de Joan Brossa, poeta español en lengua catalana (Barcelona, 1919-1998), que respondían al título de Poesía visual.

Desde el primer momento me inundó la sorpresa, el placer y la risa. Desde la primera mirada el asombro prevalecía a otras sensaciones. Desde ese baño de novedades sentí que lo que primaba era el juego, el humor, la divergencia, el atrevimiento y una libertad interior con deseo de comunicar.

Ver esas chispas de pequeño formato, pero de gran fuerza, fue un descubrimiento para mí, y una conmoción. Algunas se me han quedado en el recuerdo, como dos llaves que parece que te miran, un sillón con cola de zorro, cuadritos con letras juguetonas, relojes con más agujas de la cuenta... o menos. Objetos deformados, rotos, ensamblados con lógicas impertinentes y distintas. Palabras que sirven de hilo conductor para enlazar utensilios, materiales o elementos de la cotidianidad. Y la forma de entender estas mezclas inusuales y estrambóticas queda para cada uno, en una lectura individual, que hace que todo nuestro mundo particular se movilice y reaccione con agrado o repulsa, con acuerdo o desacuerdo, con admiración o rechazo.

Es un arte llamativamente extraño, un arte juego, un arte cargado de simbolismo, de ideas, de belleza. Condensado como la poesía, asombroso como el invento, creativo como lo que acaba de venirse a la vida. Este baño de asombro no solo me pasó con Brossa, también me impresionaron en su día Bruno Munari (Milán, 1907-1998), Isidro Ferrer (Madrid, 1963), Adolfo Nigro (Rosario, Argentina, 1942), Chema Madoz (Madrid, 1958), Susana Guerrero (Alicante, 1972) y tantos más.



Obra "Vaya cafetera" del artista plástico Isidro Ferrer



Ensamblaje realizado por los niños: la cafetera

Intentando transmitir a los niños estas impresiones personales para compartir con ellos el gusto por la belleza, les muestro láminas, imágenes, libros ilustrados...; les explico cómo conocí a algunos artistas y les digo por qué me gustan. Es decir, me expongo a mí misma como sujeto sensible al arte, pretendiendo el efecto contagio, no ya para que les gusten las obras que son de mi agrado, pero sí al menos para abrirles la curiosidad y el deseo de conocer el hecho artístico.

En este sentido, y siguiendo el hilo de la técnica del "Collage", se me ocurrió hacer un "Cajón de sastre" con objetos de costura, que tuviera una apariencia agradable y estética, recogiendo varias cuestiones relacionadas con el tema que nos ocupaba, y con mis alumnos. Por un lado incluí lo que nos explicó Manuel sobre su abuelo, que hacía trajes porque era sastre, como el protagonista del cuento *¿Quién ha visto las tijeras?*, de Fernando Krahn, autor-ilustrador chileno, afincado en España (Santiago de Chile, 1935-Barcelona, 2010). Por otro lado lancé una broma a partir de las palabras, haciéndoles ver que nuestro "Cajón de sastre" está muy arreglado y bonito, o sea que no es ningún desastre. Captaron enseguida el juego de palabras, y se reían, se lo contaban a los padres...: "Tenemos un cajón de sastre que no está hecho un desastre". "Podemos tocarlo y ponerlo ordenado, hasta las agujas", decía Joaquín. "A mí me gusta el dedal, que mi abuela tiene uno y me lo deja", explicaba Pau.

El cajoncito tenía un cartel que decía “Cajón de sastre” y una foto de Esteban, el abuelo de Manuel, y tuvo mucho éxito. Los mayores añadían al asunto el conocido dicho de tener un lugar comodín, presente en muchas casas, donde se acumulaban bártulos de todas clases. Los pequeños miraban y tocaban los botones, los hilos, las agujas, el alfilerero, el dedal, las cintas, etcétera. Aquello se convirtió en un inacabable juego colectivo, en una diversión, en un modo diferente de concebir el “collage” del proyecto en el andábamos inmersos, en algo más cercano a las propuestas sorprendentes de Joan Brossa y otros artistas del surrealismo y, desde luego, muy sugerente e imaginativo.

Al principio dudé si hacerlo porque busco que sean los niños los que se acerquen, tanteen y prueben cómo crear, con la máxima libertad, sus propias producciones y, en este caso, era yo misma la que iba a traerles el cajón de sastre ya preparado..., pero luego decidí arriesgarme y me dejé llevar por la intuición que me había hecho llegar a esa idea. Y no me arrepiento.



Ensamblaje collage: Cajón de sastre

Al cabo de unos días, Iker trajo a clase una bolsa llena de tapones de muchos tipos. Antes de que se los enseñara a sus compañeros, comenté que nos llegaba un regalo: un gran montón de tapones que no sabía para qué nos podían servir.

- Están hechos un desastre, porque hay tantos... Es que en mi casa bebemos mucho– dijo Iker.
- Bueno, los podemos ordenar– sugerí.
- Vale.
- Y los gastamos para tirar “a puntería”.
- O para pegarlos en un collage.
- O para hacer formas bonitas.
- O letras.
- O números.
- O casas con carreteras.
- O para jugar.

Una vez definidas las posibles utilidades del material presenté los tapones en el suelo, justo en el centro del círculo que formaban los niños. Hubo un instante de gran expectación; y luego, el efecto colorista que produjeron, el ruido al caer... y las ganas de tocar de los niños hicieron que se lanzaran, literalmente, sobre ellos. Esperé unos momentos y luego les pedí un poco de calma para poder empezar.

- A ver, Joaquín, ¿tú cómo lo harías?
- Yo tomaría los azules– dijo Joaquín, y se puso a apartarlos en un montón.
- Que te ayuden Sira, Álex, Emma y Daniel, si no, te vas a cansar.

Después Pablo, Jaume, Adriana y Sofía se encargaron de los tapones blancos, Iker, Claudia, Marina y Lola de los rojos, y así sucesivamente todos los demás niños fueron saliendo a ordenar el atractivo desastre. Había un ambiente concentrado, muchas manos en acción al mismo tiempo, muchas miradas. Eran como hormigas repartiéndose un pastel.

A lo largo del rato que estuvieron trabajando, surgieron dudas y comentarios que me hicieron ver lo implicados que estaban en su tarea:

- Aquí hay un tapón azul y blanco– decía Irati,
- ¿dónde lo pongo, en los azules o en los blancos?
- Pónlo boca abajo, así no se le ve el blanco y lo puedes poner en los azules– decía Joaquín ahorrando energía.
- No, porque yo ya sé que tiene blanco, que lo he visto– mantenía Irati, en plan riguroso.
- Pues ponlo cerca de los blancos y de los azules– dijo Álex.
- Yo me he encontrado uno azul oscuro, ¿lo pongo en los azules o lo aparto?– preguntó Pablo.
- Bueno, todos son azules, júntalos– decía Laura.
- Hay muy pocos color siena– comentaba Siena.
- Pero son bonitos– apoyaba Manuel.
- Color naranja solo tenemos cinco– señalaba Aitana.
- Lila también hay uno– se fijó Eva.
- El lila empata con el amarillo a uno– dijo Pau.
- Este tapón rojo y blanco, ¿lo pongo cerca del blanco y del rojo?– preguntaba Alexandra.
- Sí.
- ¿Sabéis por qué ganan los rojos?, porque en mi casa bebemos mucha Coca-Cola– aclaró Iker.

Y con la colaboración de todos, el desastre se transformó en una serie de montoncitos de tapones de colores de lo más aparente y útil.

–Ahora no los juntéis, que así están muy bien–
pidió Manuel.

–Los podemos guardar en bolsas o en cajas–
añadió Pablo.

–Mejor si son bolsas transparentes, así yo tomaré
el color que quiera porque se verá enseguida–
decía Sira.

–Sí, los guardamos sin “desastrar”–
acabó Laura.

En este rato de trabajo colectivo, los niños se afanaron en lograr su objetivo principal que era “arreglar los tapones”, pero desmenuzando esta tarea y poniéndoles nombres curriculares a las microtarefas contenidas podemos ver que hicieron:

- ▶ Clasificaciones
- ▶ Conjuntos
- ▶ Discriminación de colores, de tamaños y de formas
- ▶ Comparación de cantidades
- ▶ Conteos
- ▶ Manejo de varios conceptos matemáticos, como: mayor/menor/igual, uno/muchos/pocos... Y espaciales, como: cerca/ lejos /alrededor /en medio
- ▶ Descubrimiento intuitivo de la idea de intersección...

Pero además:

- ▶ Trabajaron en pequeños grupos.
- ▶ Esperaron su turno.
- ▶ Atendieron al trabajo de los demás.
- ▶ Verbalizaron ideas y dudas.
- ▶ Llegaron a algunos acuerdos.
- ▶ Vieron como el material se transformaba mediante su acción, pasando de ser algo informe, a ser algo ordenado.
- ▶ Observaron juntos y dialogaron acerca de lo que veían.
- ▶ Valoraron su tarea.

Y, en fin, dieron un uso significativo a sus reflexiones y acciones, por eso no se cansaron ni se quejaron, por eso estuvieron absortos en la tarea, por eso fueron avanzando entre pesamientos y manipulaciones hacia su cometido. Y es que a veces los desastres posibilitan cosas

buenas. Aunque se arme un poco de lío, o tengamos que dejar para otro día lo que teníamos pensado hacer...

Pájaros en la cabeza

Acabo de conocer personalmente a Sara Huete (Santander, 1958), una artista del “*collage*” de la que tengo noticia y admiración hace apenas unas semanas por nuestro proyecto de arte, de la cual hice las pertinentes averiguaciones en internet. Nos hemos sentado delante de un café y de un mar entero, y nos hemos contado algunas andanzas, experiencias y placeres que compartíamos sin saberlo. Un rato amable y un intercambio calmo, a la vez que vital y apasionado. Una buena suerte que, desde aquí, agradezco.

Ella trabaja la poesía visual poniendo versos a sus obras plásticas, y objetos reales a preciosas fotografías de antes y de ahora, entre otras muchas cosas. A mí sus creaciones me hacen pensar en Joan Brossa, en Bruno Munari, en Isidro Ferrer, en una imaginación valiente y clara, en sorpresas y en buen humor.

Hablando y hablando, he visto que las dos tenemos pájaros en la cabeza, que las dos conservamos las ganas de jugar y que las dos (cada una a su manera) inventamos inventos a base de mezclar los deseos con las palabras, los recuerdos con los sueños, las bromas con las bellezas...

Sara me ha explicado, a grandes rasgos, su vida, su afición a las figuritas recortables de Mariquita Pérez¹, su apego a las tijeras, su necesidad de hacerse entender, su preferencia por lo divertido, lo asombroso, lo nuevo, su costumbre de recogerlo todo. Me ha enseñado (y regalado) catálogos de varias de sus exposiciones, y me ha relatado su proceso creador, su dedicación cotidiana como bibliotecaria, los talleres que a veces ofrece a los maestros de su tierra, Santander, y sus próximos proyectos: exponer en Madrid en una muestra de veinte artistas destacados del *collage* en España, y ultimar su representación de Don Quijote de la Mancha, obra de la cual se siente muy satisfecha y complacida. Yo le he contado algo de mi recorrido de maestra, de mis escrituras y de mis humildes aproximaciones al arte.

¹ Mariquita Pérez fue una muñeca española, ideada por Doña Leonor Coello de Portugal en 1938. Se convirtió en la más célebre de las décadas de los cuarenta, cincuenta y principios de los sesenta.

Le ha gustado saber que mis alumnos están prendados con sus “collages”, que quieren dibujarse con el pelo lleno de caracoles, o la ropa de piedras, de letras o de fichas de dominó. Que hay quien pide a sus padres que le dejen llevar una tijera en el bolsillo para poder recortar las cosas “como Sara Huete”, que captan algunas de las bromas que plantea en sus trabajos, como la de ponerle escarpines de bebé a un caballo para “pasar sin hacer ruido”, que hacen rimas con su nombre: “A Sara Huete le gusta el cacahuete”...

Le he dicho que los niños han hecho un “collage” inspirado en sus obras, a partir de una caja pequeña en la que se han dibujado y en la que han pegado objetos de su gusto: caracoles, piedras, plumas, pequeños muñecos, “perlas”... Y se ha reído mucho cuando le he dicho que les enseñé su foto en internet y al preguntarles “de qué le veían cara”, dijeron: “de guapa”, “de buena”. Como maticé mi pregunta: “Pero ¿le veis cara de bibliotecaria o de artista?”, dijeron que de bibliotecaria. Les dije que estaba de acuerdo, pero que hacía cosas tan bonitas que, sin duda, sería una bibliotecaria muy alegre.

Sara me ha comentado también que le gustaría hacer una exposición monográfica sobre la conocida frase de “tener la cabeza llena de pájaros”.

–¿Cómo nosotras?, he dicho yo en broma.

–Sí, sí, y con pájaros diversos, reales o imaginarios, o pájaros que se colocan en otras partes del cuerpo... Algo divertido y sorprendente.

Entonces yo le he contado que el año pasado, en una excursión, un águila real adiestrada se me puso en la cabeza, y eso me dio la idea de pedirles a los niños que se dibujaran con “pájaros en la cabeza”. Aproveché para aclararles el significado de la frase, y así, además de lograr unos sugerentes trabajos, ampliaron su repertorio de las extrañas y chocantes maneras que tiene el lenguaje para decir y decirse. Cuántas amables coincidencias...



Collage realizado por los niños, inspirado en la obra de Sara Huete



Obra “Amazona” de la artista plástica Sara Huete



Obra “Frutos del bosque” de la artista plástica Sara Huete



Obra “Alta costura” de la artista plástica Sara Huete



Obra "51 secretos" de la artista plástica Sara Huete



Dibujo realizado por un niño inspirado en la obra de Sara Huete



Obra "Caracolillas" de Sara Huete y Mari Carmen Díez Navarro (collage sobre fotografía)


Me pregunto...

¿Qué pasaría si la escuela abriera realmente sus puertas a la cultura, al entorno, a la vida...? ¿Qué sensibilidades nuevas se criarían en los niños y en los maestros si el arte, la música, la literatura, etc., tuvieran un espacio en nuestros centros escolares?

¿Cómo enfocaríamos los maestros las tareas plásticas si le perdiéramos el miedo al arte auténtico y le tomáramos miedo a las fichas aburridas, pobres y estereotipadas que reducen la imaginación de nuestros niños?

¿Qué ocurriría si los artistas pudieran entrar a mostrar sus obras, a tocar sus músicas, a hacer sus teatros, y a contagiarnos a niños y maestros las ganas de crear? ¿O si fueran los niños los que salieran a mirar los museos, las fuentes, las esculturas o los edificios de las ciudades y los pueblos para familiarizarse con las cosas bellas?

En nuestra experiencia lo que podemos decir es que, de manera creciente, los niños proponen, prueban y sugieren temas, modos de hacer, materiales o composiciones. Que disfrutan con las tareas plásticas, que no se asustan "de que no les salga", que se atreven a idear, plasmar, mezclar e incluir en sus producciones cualquier cosa que se les ocurre, y que valoran lo hermoso allí donde lo encuentran. Y cuando van creciendo, siguen probando y disfrutando. Escriben cuentos y poesías, dibujan, pintan, bailan, modelan, tocan instrumentos, diseñan, hacen teatro...

Quizás permitirse mirar y admirar lo que hacen otros suponga permitirse tolerar el vacío, y nos permita movernos hacia el logro de la satisfacción de nuestros deseos, en un proceso que no es otro que el de crear, aprender, estar activos y vivir en busca de lo que queremos. Como la vida misma. Tejemanejes... 

Referencias bibliográficas

- BOSCH, Àngela (2014): "La teoría de los peces soltes" en *In-fàn-ci-a*, N° 199 (Julio). Barcelona: Asociación de Maestros Rosa Sensat.
- KRAHN, Fernando (1978): *¿Quién ha visto las tijeras?* Madrid: Ed. Alfaguara. (Original en inglés: *Who's Seen the Scissors?* [1975]).
- NICHOLSON, Simón (1972): "The Theory of Loose Parts. An important principle for design methodology" en *Studies in Design Education Craft & Technology*, Vol. 4, N° 2. En línea: <http://ojs.lboro.ac.uk/ojs/index.php/SDEC/article/view/1204/1171>